

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NÚM. 8724

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Lunes 24 Noviembre 1893.

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 19.



Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composuras.



Cadenas, colgantes y diges.

EXACTITUD Y ECONOMIA.

LA SEMANA ANTERIOR

Ha sido una semana brillante, espléndida, magnífica, á quien el desfile de tropas, la estruendosa armonía de las bandas militares y las lejanas descargas del Remington del soldado, han impreso un carácter batallador y guerrero que, como dice el vulgo, le sentaba muy bien.

Las grandes potencias militares de Europa hicieron, en los comienzos del otoño, que maniobrasen sus ejércitos, acostumbrando al soldado á la vida de campaña; imitó la Península aquellos simulacros con ejércitos microscópicos, y llegó la vez á Cartagena de demostrar lo que sabe y vale, y por tanto lo que en un verdadero combate pueda hacer la reducida guarnición de la más inexpugnable y más fuerte de las plazas españolas.

La mayor parte de los paisanos, absolutamente nada hemos visto de las guerrillas y contraguerrillas, ataques y defensas, cargas de caballería y formaciones de cuadros por la gente de línea que en el lugar del combate se hayan efectuado; ni hemos vitoreado á los que fingían vencer, ni compadecido la suerte de los que se resignaron á la triste condición de los vencidos; pero hemos oído relatar á los curiques que todo salió á maravilla, y que allí se hicieron prodigios de arte militar.

Ello sí; el ejército de operaciones parecería, desde la cúspide de cualquier monte próximo, lo más pequeño y reducido que pudiera imaginarse, pues apenas si el número de combatientes llegaría á un millar; pero tratándose de tropas españolas, aquel exiguo puñado de hombres era un ejército formidable. Con muchos menos conquistó Hernán Cortés un imperio, y con pocos más derrotó Castaños numerosas tropas napoleónicas en los campos de Bailén.

De suerte, que si no por la cantidad, por la calidad hemos tenido un ejército español maniobrando á maravilla, casi á las mismas puertas de Cartagena.

Y nosotros, ¡madal tan tranquilos, sin dejar nuestra indolencia musulmana, y sin tomar nos la molestia de salir fuera de puertas á ver todas aquellas proezas.

Cataluña entera se marchó á Calaf, Madrid en masa se trasladó á las dehesas de Carabanchel en las maniobras allí verificadas, pero nosotros....

¡Ah! Si estas cosas pasaran en otra ciudad española, en Murcia, por ejemplo.

Porque han de saber ustedes, que los murcianos son aficionados á las cosas de milicia cual no otros. En prueba de ello, sepan ustedes también que en esta misma semana, un escritor cuyo nombre no recuerdo, pero murciano sin duda, en un artículo inserto en el periódico de Madrid *El Globo* se lamentaba de las injustas desventajas de la reina del Tháder, y pedía como debido remedio á las mismas, entre otras cosas, un regimiento de infantería, otro de artillería, un escuadrón de caballería, y que se trasladase á Murcia

el Gobierno militar de la plaza de Cartagena y algunas otras cosas más de ésta.

¡Supongo que estas otras cosas más, serán las murallas, castillos, parque, cañones y demás artículos de guerra.

¡Pues! lo mismo que si nosotros pidiésemos que se trasladase aquí el Obispo con su cabildo y algunas otras cosas más: es decir, con la catedral y la torre, sin dejar allí la célebre Nona.

Por pedir....

Pero, en fin, lo cierto es, volviendo á mi tema, que si las maniobras militares se efectúan en otro pueblo, el pueblo se queda sin gente.

Aquí permanecemos todos en casa, pretextando el mal día.

¡Mal día! Por cualquier cosa calumniamos los hijos de Asdrúbal al tiempo.

Con decir que la temperatura mínima se estuvo en los catorce grados, que el viento nos favoreció con su ausencia y que el sol fue rey absoluto de nuestro horizonte, queda descrito el día de nuestras maniobras, que para sí lo hubiesen querido los catalanes en Calaf y los madrileños en Carabanchel.

Era, si, un día más fresco que el anterior, pero es que el anterior fue un día de estío.

En fin, nada que no fuimos.

Pero vimos la vuelta de las tropas, y ¡aquello sí que tuvo encantol!

El alegre y marcial pasa-calles llenaba el aire de alegres armonías, las bandas de cornetas ensordecían con su estruendo, y detrás de ellas caminaban los soldados españoles sin cansancio ni fatiga, con la sonrisa en los labios y la alegría en los ojos; vestido el pintoresco traje de campaña, negros los cañones de los fusiles por el humo de la pólvora, y con mayor marcialidad y apostura, si cabe, que en los días de fiesta, cuando bajan á misa los regimientos.

El día fue de penosa fatiga, pero esto para ellos ¿qué representaba?

Las guerrillas, ataques y demás remedos de guerra serían de broma, pero el regreso del combate parecía de veras. Nuestros soldados no vuelven nunca de ninguna acción como los de otras naciones, cariacontecidos y maltrechos y con gesto de no querer ver más las orejas al lobo. El soldado español por el contrario regresa como partió: sonriente y sin fatiga ni temor; lo único que distingue la vuelta de la partida, es que en aquella la boca del fusil está ahumada por la pólvora y que las polainas aparecen cubiertas de polvo.

Por eso dije antes que el regreso de la acción parecía de veras.

El resto de la semana ha transcurrido sin novedad, entre funciones de iglesia y funciones de teatro.

Ha habido misas cantadas y rezadas por las almas de los músicos que dejaron de existir y una cantada con sermón y gran fiesta, en sufragio de las almas de los niños expósitos, muerto en el Santo Asilo.

Creo que los músicos vivos habrán hecho saltar de gozo á la misma Sta. Cecilia, por la suavidad de sus melodías, en la misa de requiem dedicada por ellos á la memoria de sus antiguos compañeros, y supongo piadosamente que los niños expósitos que moren en el cielo, habrán dado por allí revoloteos de ángel, en señal de alegría, al saber que ellos los más desheredados y tristes seres del mundo, han dejado en la tierra quien los recuerde y los llore.

Pero yo no puedo decirles á ustedes más de lo dicho acerca de estas dos solemnidades religiosas, por la sencillísima razón, de que no he estado presente á ninguna de ellas.

En cambio, ¡pecador de mí he estado en el teatro; pero no en el Circo, adonde según un

periódico va la gente fina y distinguida, sino en Maiquez, en el mismísimo Maiquez, en el teatro de la gente más alegre y juerguista, según afirma también el aludido periódico.

Y he visto dos estrenos el de *Pizpereta* juguete lírico de los Sres. Liern y Mateos, y el de *Artistas á cala*, piteo literario en un acto, letra de no se quien y música de otro que no recuerdo, que mereció como no podía menos de merecer la *pateadura*, ó mejor dicho la *bastonadura* á que era acreedor según el público.

Pizpereta en cambio fue muy aplaudida, valiendo al Sr. Liern autor de la letra los honores del proscenio, y ganando el maestro Sr. Mateos muchos aplausos en el vals de la Mariposa y en todos los demás números musicales por más que, sin mala voluntad, un tantico los artistas, una mijita más los coros y un poquillo más la orquesta, tratasen alguna vez á la pobre partitura como el rey Herodes trató á los santos niños inocentes.

Mejor anduvo la parte de declamación y en ella la Srta. Martínez y los Sres. Possac y Ramos estuvieron más acertados, logrando un éxito franco para la obra que agradó bastante y que creemos que durante muchos días seguirá en los carteles.

De *Artistas á cala* no hablemos, teniendo compasión de la desgracia, pero si debemos decir ya que de teatros hablamos que, durante su representación en Maiquez, llegaron allí los rumores de que el beneficio de la simpática *divetta* Srta. Segovia, había llevado al afortunado Circo distinguidísima y numerosa concurrencia, y que la graciosa artista, después que sus compañeros cosecharon muchos aplausos en el *Don Benito de Pantoja*, electrizará al público con su gracia inimitable y con su linda voz de contralto, ganando honra y provecho y brillando en su puesto de *etoile* de primera magnitud.

Y basta de teatro, misas, paseos militares y demás sucesos de la semana, y hagamos aquí punto final, despidiéndonos de nuestros lectores hasta el lunes próximo.

X.

HISTORIA DE CANIBALES.

Está fuera de duda que la mayor parte de las tribus de África central, de las que viven apartadas de las costas, no han modificado sus costumbres por el contacto de los europeos; se alimentan, ó, por mejor decir, se regalan en sus festines con carne humana.

Los europeos no están generalmente expuestos á ser comidos como en ciertas regiones oceánicas, ya por que los indígenas desconfían de la calidad de un manjar á que no están acostumbrados, ya porque experimentan cierta inquietud de ser víctimas de represalias terribles.

Casi siempre optan por conservar á los blancos como rehenes y conseguir un rescate.

Esto no impide que se coman los guerreros vencidos en la lucha, los enemigos y aun los compañeros de armas y esclavos comprados y nutridos á propósito.

Sin hablar de los pueblos encontrados al paso por los exploradores, y sin salir de las comarcas del Gabon-Congo, el canibalismo de los batekas y de los bafuros no tiene nada de misterioso.

El *Univers*, de París, ha publicado, tomándolo de los anales de las misiones, un relato de un misionero en la cuenca del

Ubanghi, cuya mayor parte se compone de historia de antropofagia.

El autor expone que la mayor dificultad que se encuentra en aquellas comarcas para impedir el tráfico de esclavos, es que los compradores, no tanto para especular con su trabajo, como para procurarse carne humana fresca.

Las predicaciones contra el uso de comer carne humana no hacen gran impresión en los naturales del país, que ni siquiera las comprenden.

No es un manjar ordinario ni está al alcance de todas las fortunas; la gente del pueblo se pone muy contesta cuando en los grandes regocijos dan los jefes pruebas de generosidad y le proporcionan ese bocado apetecido.

Cierto día un sacerdote que trataba de avergonzar á aquellos canibales despertando en ellos el respeto á un semejante, les hacía ver que sus víctimas eran seres que hablan, que tienen un nombre.

—Pues precisamente por eso—le respondían.—Una carne que habla, que tiene un apellido, ¿hay algo que sea tan sabroso?

En la mayor parte de las escenas que los misioneros han tenido ocasión de ver, se observa un carácter común: la resignación de las víctimas. Saben la suerte que les espera, van á colocarse en el sitio que se les señala y no oponen resistencia.

Quando les ocurre que salen de aquel terrible apuro por la intervención de un blanco, pues tiene un valor en venta y sus propietarios no ponen muchas dificultades para cederlos á cambio de alguna chuchería empiezan por no comprender el capricho de sus libertadores.

En cuanto se ha logrado un rescate de estos abundan las ofertas, y como es natural, llegan sujetos enfermizos, mal alimentados, que no tienen estimación en la despensa.

Hay, por el contrario, algunos á quienes sus compradores han alimentado, y cuando se quiere saber si están en buena sazón para el festín se le corta una tira de carne y se prueba.

Para los misioneros y para los filántropos laicos un ser humano salvado no vale más que otro cualquiera, pero los propietarios establecen grandes diferencias.

El número de esclavos para inocular forma parte del tren de la casa de un gran jefe.

Uno de estos decidió el año último hincar el diente á un esclavo llamado Bandzingo, que había comprado un poco flaco, y al que cebó después abundantemente con bananos y yuca.

Fue un día de fiesta para el pueblo. Las mujeres acudían á probar la carne del prisionero.

El ejecutor tomó sus disposiciones para hacer bien las cosas; apartó á los chiquillos que podían impedir sus movimientos, se paraba los bejuques, dejó en el suelo la cuchilla, la volvió á coger sin que el paciente demostrase la menor angustia, y luego cortó la cabeza de un certero golpe hábilmente preparado.

El jefe que había cebado á Bandzingo para comérselo, resolvió un poco después, por instigación de una favorita celosa, la muerte de su propio hijo.